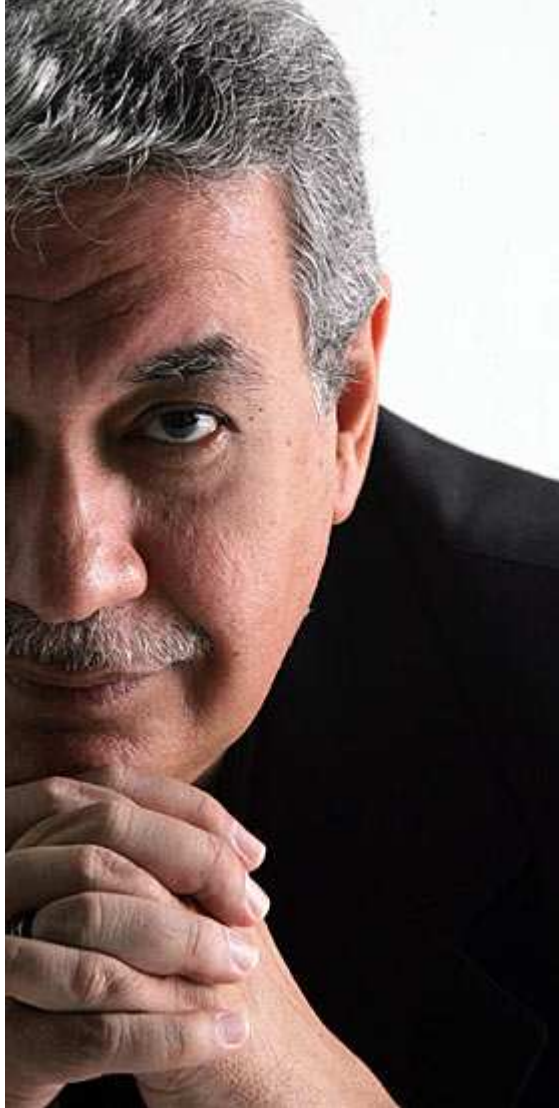


# La cara oculta tras la palabra exacta

Tal vez su apego a las leyes que guían a las sociedades se haya inoculado en otras leyes, las que rigen el idioma. Y sin afán de protagonismo, en la sombra del escritor fantasma, vela para que lo escrito cumpla a rajatabla con ellas.

Por Luis Rafael Rivera / Especial para *El Nuevo Día* Lunes, 21 de enero de 2008



Tras muchas guerras ganadas, y alguna que otra perdida, este mayagüezano es la pluma oculta detrás de numerosos discursos y textos que se publican en el País. (Mariel Mejía Ortiz)

"No puede uno imaginarse las horas de trabajo que hay detrás de esos cientos de mensajes, discursos, notas críticas y traducciones. Lo arduo es comprimir y el chequeo de datos."

Alberto Medina Carrero nació en 1950, y aunque han pasado algunos años, y han aparecido las canas, sigue pareciendo aquel joven contestatario que enfrentó cara a cara a las monjas de la Academia Inmaculada Concepción al negarse a ser monaguillo y resistir la transculturación.

Hoy, tras muchas guerras ganadas, y alguna que otra pérdida, este mayagüezano es la pluma oculta detrás de numerosos discursos y textos que se publican en el País. También es quien, en tantas ocasiones, viene en auxilio si es necesario meter el bisturí o recomponer un párrafo mal construido. Para eso se hizo editor.

Su afición por la escritura le viene de lejos. Cuando era niño acostumbraba caminar por la calle Peral en dirección de Hayman's, un puesto de revistas y libros de bolsillo en inglés, en busca del último cómic lanzado al mercado. O simplemente se allegaba a La Voz de la Patria y rescataba de aquel espacio lúgubre alguna historieta de aventuras de Sherlock Holmes.

Sin embargo, fue en la Librería Campos, en San Juan, donde la curiosidad llevó a Alberto a descubrir los "libros con antifaz". Aquel descubrimiento coincidió con su inicio en el cine. Acompañado siempre de la influyente figura de su padre, en la vieja sala del Teatro Balboa comenzó a fijarse en lo que decían las voces en las películas y a compararlo con los subtítulos que aparecían en la pantalla. Las diferencias a veces eran notables y, en algunos casos, hasta risibles.

Entonces comprendió por qué es necesario que algún buen guionista escriba lo que convierta a otro en la estrella del show. La fórmula le complació y decidió seguirla, modestamente al principio, como editor del anuario de su escuela superior. Más tarde se convencería, no sin buena parte de razón, de que el País vivía pendiente de lo que otros decían. Y él, simplemente, estaba dispuesto a ayudarlos a decir, aunque no diera la cara.

Pero también sabía que si pretendía levantar vuelo debía echar abajo algunas vallas. Por eso, en plena adolescencia, pugnó con Mayagüez para romper la burbuja provinciana y escalar cielos con los Beatles, James Bond o Robert Frost. Ya, para ir contracorriente, se había hecho fanático de Santurce y no de "los Indios" de su pueblo.

En el CAAM, el estudiante de Economía no pudo resistir la tentación de merodear por los cursos del Departamento de Estudios Hispánicos.

Recuerda que un día su profesor de Literatura Puertorriqueña, Carmelo Rodríguez Torres, le dijo: "Tú debes escribir". Y él, que recibió aquellas palabras como una orden seca, sencillamente obedeció y, desde entonces, lo hace con devoción.

Y como sus intereses eran variados, tenía talento musical y era adicto al jazz, ingresó en Ars Nova, una agrupación en la que tenía de compañeros a gente como Silverio Pérez, Efrén Rivera Ramos y un pianista dominicano de nombre Máximo Grano de Oro. No hubo actividad en el Colegio que aquella pandilla no amenizara.

En la Escuela de Derecho de la UPR, de donde se graduó en 1975, se identificó con el proyecto social propugnado por los periódicos Claridad y La Hora. Estas convicciones significaban algo más que una genérica defensa de la puertorriqueñidad, pues Alberto ya era partidario de la independencia.

Si bien su primer trabajo fue con Manuel Fernós en la Comisión para Combatir el Crimen, fue en la Administración de los Tribunales donde empezó a escribir para otros. En 1981 se hizo cargo del Boletín Judicial, una iniciativa de Eulalio Torres, el director administrativo durante la presidencia de Trías Monge, dirigida a los jueces.

Encerrado en su mundo de sesiones a destajo, Alberto descubrió allí que su curiosidad por el idioma estaba invadiendo otros espacios.

En el Instituto de Estudios Judiciales, dos personas reforzaron su actitud de aprecio hacia la lengua: Rafael Torres y Arturo Cintrón García. “A mí no se me olvidan las cosas que aprendí de ellos y que son las que guían mi vida profesional”, confiesa.

En 1985 ocurrió algo significativo para el joven letrado. Abrahán Díaz González, el presidente del Colegio de Abogados, quería que el gremio tuviera otra revista. Alberto, quien había sido invitado a una reunión y llevaba consigo unos ejemplares del Boletín Judicial, los mostró y dijo: “¿Algo así?”. “Algo así no, eso mismo”, contestó Díaz González, mientras marcaba el teléfono para proponerle a Eulalio Torres un acuerdo para que la revista también circulara entre los abogados. El director ejecutivo del Colegio, Antonio J. Bennazar, aportó el nuevo nombre: Forum.

Después, en 1989, Alberto pasó a ser ayudante especial de Héctor Rivera Cruz en el Departamento de Justicia, donde escribió sobre todos los temas habidos y por haber. Le tocó el hueso duro y, en la trastienda, fue uno de los hilos invisibles que tanto cuentan, pero no se notan.

Tras asesorar a los comerciantes del centro de Río Piedras durante la crisis de la explosión en el Paseo De Diego, volvió al Colegio de Abogados, esta vez como editor de la Revista Jurídica. Puso al día la publicación después de dos años de silencio y fue su editor durante una década.

Allí también fundó Ley & Foro, una revista trimestral en la que tenía una columna fija titulada “De letras y letrados” desde la cual llamaba al orden en cuestiones del idioma. Y ahora, como no es cebo fácil de las modas, su blog “Derecho y escritura” le sirve para arremeter contra todo aquel que se desvía de los rígidos cánones de su diccionario. Por lo visto, Alberto no es partidario de la Real Academia ni de la máxima de Horacio que pregona que el uso es el árbitro, juez y dueño en cuestiones de lengua.

Feliz con su papel de “ghostwriter” (“negro” se le llama en España a quienes escriben por otros), no ha rehuído los “trabajos por encargo”, una práctica tan antigua que remite a la época cuando los escritores fantasma escribían para la corte o para el rey. “También he corregido manuscritos y editado varios libros. No puede uno imaginarse las horas de trabajo que hay detrás de esos cientos de mensajes, discursos, notas críticas y traducciones. Lo arduo es comprimir y el chequeo de datos”, confiesa Medina Carrero.

Cansado de permanecer en el anonimato, recientemente publicó “Primer viernes”, un libro que revela las claves de su entronizada inconformidad. “El primer viernes de cada mes, día en que en las escuelas católicas era obligatorio ir a misa, sirve de pretexto al relato de cómo el niño, luego el adolescente, fue templando su carácter en un ambiente de reglas inflexibles, cofias y hábitos de monjas”, dice la nota publicitaria del relato.

El ex juez Hiram Sánchez, amigo, compañero de estudios y socio de Alberto en el sello Letra2 Editores, opina que con “Primer viernes”, ha salido del clóset de la literatura jurídica. Así parece admitirlo Alberto cuando, después de comentar unos textos para dejar dicho lo que piensa y reflejar el aire de águila que tienen sus ojos de editor, habla sosegadamente del novedoso proyecto editorial.

En una atmósfera casi renacentista, Alberto divulga que en su familia cada uno hace algo distinto y parecido a la vez. Brenda E. Gil, su esposa, escribe “El arte del cocinao”; Alberto Carlos, de veintitrés años y formado en Yale, experimenta con un lenguaje duro, muy de su generación; Yarín, egresada de la Sorbona y residente en París, traduce poemas y textos para documentales, y Laurent, el yerno francés que idolatra el Caribe, arma “Al otro lado del mundo”. Todos cuentan una historia a su manera, a pesar de las distancias y sus respectivos afanes y escepticismos.

Nada, que Alberto, además de seguir despertando esa sensación de que uno se halla ante un adolescente que colecciona anécdotas irreverentes, tiene la cabeza llena de proyectos editoriales que giran contra ese pasado reciente y de vértigo que son las décadas de los cincuenta, sesenta y setenta. Eso no quita que siga siendo, como diría su ex conuñada Millie Gil, “obsesivo hasta la médula y de humor socarrón”.

No es para nada justo pensar en este escritor fantasma como un mercenario de las letras. Siempre ha sido necesario, que quede claro, que aparezca alguien que auxilie a quienes no tienen talento o están demasiado ocupados. O, simplemente, que pule y edite.

Por eso pongo por delante mi título de viejo notario para dar fe de que fui yo quien escribió este perfil, no Alberto Medina Carrero ni ninguno de esos malditos fantasmas que lo acechan.